

Tras la reunión convocada por el Secretario General de la ONU en Doha

"Una carta desde Kabul"

Por *Jean-François Cautain* (*)

Escribo desde Kabul, donde vivo desde hace 11 meses. Me considero amigo de Afganistán, un país lleno de contrastes que conozco desde 1986; vivo aquí desde hace algo más de 12 años. Mi regreso a Afganistán estuvo motivado por el deseo, que comparto con mi esposa que dirige una ONG médica en Kabul, de ayudar a la población afgana que vuelve a ser rehén de un "Gran Juego" moderno, portador de violencia y miseria.

Yo estaba en Afganistán cuando los talibanes tomaron Kabul por primera vez, en septiembre de 1996, tras cuatro años de conflicto armado entre varios señores de la guerra afganos que se disputaban la supremacía tras la marcha de los soviéticos en 1989. Al frente de un programa de rehabilitación rural, trabajé durante tres años bajo el primer régimen talibán. Volví a estar presente durante los primeros años de la República Islámica de Afganistán, entre 2001 y 2005, trabajando para la Unión Europea. Recuerdo el entusiasmo del pueblo afgano. Pero también recuerdo las dudas que muy pronto surgieron sobre la viabilidad del proyecto de "construir un nuevo Afganistán".

Hoy me preocupa enormemente el aislamiento de Afganistán en la escena internacional. Provocará más sufrimiento al pueblo afgano y supondrá un mayor riesgo para la seguridad regional e internacional. Al aislar a Afganistán, estamos repitiendo errores cometidos durante el primer Emirato Islámico, entre 1996 y 2001, con las mismas nefastas consecuencias bien conocidas. Hoy, debemos aprender colectivamente, la comunidad internacional y los afganos, de los errores del pasado.

No me considero un "experto" en Afganistán, pero la perspectiva histórica que tengo del país y el hecho de vivir actualmente en Kabul hacen que probablemente tenga un punto de vista diferente a muchos de los que se expresan actualmente desde Europa y Estados Unidos. La confrontación con la pobreza afgana que vivo a diario no es ajena a esta discrepancia que percibo entre mi visión de la situación y la mayoría de los análisis y posturas que se expresan fuera de las fronteras de Afganistán.

Todos tenemos que sacar lecciones

El 15 de agosto de 2021 finalizaron 20 años de presencia militar extranjera en Afganistán. La intervención liderada por Estados Unidos suscitó grandes esperanzas en los primeros años. Por desgracia, se convirtió en un fiasco. La comunidad internacional y Afganistán deben analizar las múltiples causas, como: el pecado original de negar a los talibanes derrotados un asiento en la primera reunión destinada a la estabilidad y reconstrucción del país (Conferencia de Bonn de 2001); un exceso de ayuda que condujo a una corrupción masiva, especialmente de ciertas élites políticas; una confusión de objetivos entre las operaciones militares destinadas a erradicar el terrorismo y la (re)construcción de un Estado. Estamos al principio de esta necesaria autocrítica de la que habrá que sacar lecciones, pero que actualmente está aparcada, o incluso olvidada, por los recientes acontecimientos del país.

Desde que los talibanes tomaron el poder, hemos sido testigos de un creciente abismo entre Occidente y los nuevos amos de Afganistán. Ambas partes son claramente responsables de la situación actual. Al principio, los talibanes se mostraron moderados al tender la mano a la comunidad internacional. Hablaban de amnistía general, libertad de trabajo para las mujeres, educación para todos y lucha contra el terrorismo.

Occidente se negó a aprovechar esta mano tendida. Al contrario, gracias a su posición dominante en la escena internacional y aprovechando el desconcierto provocado por el regreso de los talibanes y las caóticas escenas de evacuación del aeropuerto de Kabul, Occidente respondió imponiendo condiciones al reconocimiento del gobierno talibán, el cese de la ayuda al desarrollo (40% del PNB), la congelación de los activos del Banco Central de Afganistán y la extensión de facto de las sanciones a las transacciones financieras a todo el país.

Estas decisiones pusieron de rodillas a la economía afgana en pocas semanas, precipitando a este país ya de por sí pobre (el 48% de la población vivía por debajo del umbral de la pobreza antes de la llegada de los talibanes, a pesar de los miles de millones de dólares y euros vertidos en el país durante 20 años) en una crisis económica sin precedentes, con consecuencias humanitarias sin precedentes. En la actualidad, 28,3 millones de afganos de una población de unos 40 millones dependen de la ayuda humanitaria para sobrevivir. Y la tasa de pobreza ha alcanzado el 97%, según Naciones Unidas.

Los talibanes también tienen una gran responsabilidad en este estancamiento, con decisiones que comprometen los avances políticos y sociales conseguidos en los últimos 20 años. El fracaso de su planteamiento diplomático inicial con Occidente abrió la puerta al retorno de políticas coercitivas inaceptables para la comunidad internacional y para una gran mayoría de afganos. Hoy es de sobra conocido que las niñas no pueden estudiar en institutos ni universidades, que las mujeres no pueden trabajar en agencias de la ONU ni ONG, y que no pueden ir a parques ni hammams. La vida política también es mínima, con muy pocas oportunidades para que se escuchen las voces disidentes y los medios de comunicación a menudo tienen que autocensurarse.

Existe una falta total de confianza entre Occidente y los talibanes.

Los países occidentales culpan a los talibanes de no haber respetado el acuerdo de Doha al tomar el poder por la fuerza y de no haber cumplido sus palabras al tomar decisiones inaceptables que reducen drásticamente los derechos humanos, especialmente los de las mujeres y las niñas. Esta triste realidad lleva a muchas familias afganas instruidas a abandonar el país por el futuro de sus hijas.

Por su parte, muchos talibanes consideran que Occidente no es sincero cuando habla de paz en Afganistán. Sospechan que Occidente, y especialmente Estados Unidos, trabaja para derrocar a su gobierno. Señalan la negativa a reconocer su gobierno, las sanciones, la congelación de los activos del Banco Central y los drones militares que sobrevuelan el país, a diario, desde hace meses. Para ellos, la guerra con Occidente no ha terminado, sino que ha tomado otra forma.

La confrontación no puede durar

En un momento en que las opiniones occidentales se indignan, con razón, por las restricciones impuestas a las mujeres y niñas afganas, también hay que aceptar que los talibanes están orgullosos de haber liberado a su país de una ocupación dirigida por la mayor potencia militar del mundo.

Por ello, muchas no entienden por qué han sido condenadas al ostracismo durante más de 20 meses. Consideran que deberían ser "tratados como iguales" en el seno de la comunidad internacional, que es más o menos lo que están haciendo algunos países de la región.

También es importante darse cuenta, aunque resulte difícil de aceptar en algunas cancillerías occidentales, de que este sentimiento de "liberación" es compartido por un porcentaje muy significativo de la población afgana, especialmente en las zonas rurales, aunque no todos sean partidarios incondicionales del régimen talibán.

Haber expulsado a los británicos de Afganistán en el siglo XIX, a los soviéticos en el siglo XX y ahora a la OTAN en el siglo XXI, forma parte de la psique colectiva de los afganos y hace que muchos de ellos se sientan orgullosos.

Sin embargo, a pesar de este contexto increíblemente complicado y terriblemente polarizado, es imperativo continuar y reforzar un diálogo directo entre los países occidentales y los talibanes. Los participantes en la reciente reunión convocada por el Secretario General de la ONU en Doha "coincidieron en la necesidad de una estrategia de compromiso que permita la estabilización de Afganistán pero también abordar importantes preocupaciones".

Sólo a través de frecuentes reuniones cara a cara -no creo en la diplomacia electrónica-, impulsadas por un espíritu constructivo de entendimiento por ambas partes, se podrá avanzar para el pueblo afgano.

¿Cómo podría iniciarse el diálogo?

Aumentar la interacción con los talibanes no significa reconocer su gobierno, sino crear espacios de debate para disipar malentendidos, transmitir mensajes y construir relaciones que vayan más allá de la mera pose. Significa volver a poner el elemento humano y el pragmatismo en una relación que hoy es esencialmente conflictiva, oponiendo los grandes principios internacionales a los valores "afganos".

El diálogo debe empezar por hablar de temas en los que exista una posible convergencia de intereses entre los países occidentales y los talibanes. ¿Por qué no la lucha contra el terrorismo internacional y la lucha contra la producción de opio, dos lacras que afectan tanto a Afganistán como a los países occidentales? Los talibanes, que hasta ahora nunca han tenido otra agenda que la nacional, luchan contra el

Estado Islámico, que sigue siendo una amenaza real en muchos países. También eliminaron el cultivo de adormidera en 2001 y han vuelto a combatirlo este año.

Teniendo en cuenta el objetivo común del bienestar del pueblo afgano, también deben enviarse señales positivas desde ambas partes. Por ejemplo, en materia de educación, por un lado, y de sanciones y/o congelación de activos, por otro. Este diálogo sostenido debe iniciarse, aunque seguramente será esencialmente transaccional al principio. Probablemente no será satisfactorio para ambas partes: los primeros pasos serán modestos, pero tendrá el mérito de desbloquear una situación de estancamiento cuyas víctimas son principalmente las mujeres y niñas afganas y la población afgana en general.

También es urgente dar oxígeno a la economía local para permitir a los afganos tener la mente libre de la obligación cotidiana, atormentadora y exclusiva de alimentar a sus familias. La ayuda humanitaria es esencial y debe seguir suministrándose cualesquiera que sean los obstáculos. Pero incluso más ayuda humanitaria nunca podrá sustituir a una economía revitalizada. Los obstáculos que pesan sobre la economía afgana están en gran medida en manos de los países occidentales. Este último podría utilizar el levantamiento de las sanciones sobre las transacciones financieras y la restitución gradual de los activos del Banco Central de Afganistán como vectores positivos en un diálogo con los talibanes. Sólo entonces podrá el pueblo afgano recuperar su voz e influir en el futuro de su país.

El camino hacia un Afganistán en paz consigo mismo y en sintonía con la comunidad internacional será largo y complicado. Sólo podrá lograrse mediante un diálogo sincero y sostenido. Es responsabilidad de los talibanes, de otros miembros de la sociedad afgana y de los países occidentales dar el primer paso en esta dirección, para mayor beneficio de los afganos.

(*) **Jean-François Cautain** es ex Embajador de la Unión Europea.